

Pastorales mejorables

Pedro Jiménez.

Profesor de Filosofía. Sevilla.

La Pastoral es la manera como el ministerio presbiteral (los pastores) organizan y «dirigen» (desgraciadamente) la vida «del rebaño» (o comunidad cristiana). Pues tengo para mí que, si nos diésemos un paseo por una buena mayoría de Parroquias, observaríamos una preocupante realidad: la Pastoral que existe en la mayoría de las comunidades cristianas (al menos, de las que yo conozco, y me da la impresión de que no van a ser éstas la excepción) es una pastoral *ad intra*, en lugar de ser *ad extra*.

¿Y cuál es el problema? Pues que, por su propia naturaleza evangélica y bautismal, la comunidad cristiana tiene que ser *exactamente* al contrario.

Nuestro bautismo, por el que nos hacemos partícipes del bautismo de Cristo, nos hace esencialmente misioneros, que literalmente significaría «enviados». ¿Y enviados a qué? Pues sencillamente a continuar la tarea que Cristo dejó inconclusa: en palabras del Concilio Vaticano II, «la consagración del mundo al Reino». En pocas palabras, se trata de la transformación del hombre en «hombre nuevo», y del mundo, de la sociedad, en el Reino de Dios.

Por tanto, el apostolado no puede ser otra cosa que la lucha sin cuartel por la transformación del mundo existente, en el mundo que Dios desea: «*mi alimento es cumplir la voluntad de mi Padre*».

Si en un mínimo clima de oración abrimos los ojos (es decir, si intentásemos mirar el mundo con los ojos de Dios Nuestro Padre), ¿qué veríamos?:

Veríamos un mundo tecnológicamente hiperdesarrollado en el que una cuarta parte de la población disfruta de un auténtico paraíso consumista, mientras las tres cuartas partes restantes viven en condiciones infra-

humanas. Veríamos un mundo en el que la guerra (cuyas víctimas mortales son siempre los pobres) es uno de los principales negocios económicos (Inga Thorson, ex-presidenta de la Comisión para el Desarme de la ONU, afirmó hace ya tiempo que «se gasta más en armamento que en educación, sanidad, alimentos y creación de empleo juntos»).

Veríamos un mundo en el que la economía sólo persigue el afán de lucro, y nunca la satisfacción de las necesidades humanas; veríamos un mundo en el que la investigación y el desarrollo tecnocientíficos sirven, sin paliativos, a los intereses del poder, en lugar de servir al bien común. Veríamos un mundo en el que el sistema educativo (en todos los países) sirve más como correa de transmisión ideológica del sistema, que como modelo de construcción de un futuro más humano; veríamos unos medios de comunicación, no al servicio de la formación integral y de la información objetiva, sino al servicio de la incultura, la deformación, la colonización mental y la degradación de la persona.

En suma, veríamos un mundo exclusivamente construido para los ricos y poderosos, para los pudientes, para las clases burguesas, a cuyo beneficio se sacrifican, impunemente, el dolor y la muerte de millones de seres humanos excluidos del sistema, millones de «restos colaterales».

Frente a esto, el plan de Dios (el Reino) nos propone una nueva primavera, una nueva creación, («*donde el lobo y el cordero pacten juntos*»), un nuevo orden de cosas («*donde las armas se conviertan en podaderas, de las lanzas nazcan arados y los oprimidos sean liberados*»), un mundo donde la única realidad sagrada sea la persona (entendida y tratada como fin instrumentalizable), y a ella se supedite y subordine todo lo demás.

En esta dialéctica, ¿cómo habría de ser la Pastoral? O yo estoy muy equi-

vocado, o a mí no me cabe la más mínima duda:

La comunidad parroquial tiene que ser, inexorablemente, una rampa de lanzamiento del laicado en medio del mundo. La Parroquia fiel al Espíritu del Señor tiene que enviar, sin engaños, a sus fieles a ese mundo que ha de ser transformado: ha de enviarlos al mundo de la economía, de la política, de la justicia y el derecho, de la sanidad, de la educación. Es decir, ha de lanzarlos en medio de las estructuras que rigen nuestra sociedad, para que las transformen en «el Reino».

Hoy las misiones no están en el Tercer Mundo, hoy están en nuestras calles y nuestras plazas, y lo sabemos todos. Hoy las misiones están en los bancos, en los partidos y sindicatos, en los hospitales, centros educativos y empresas. *En la calle*. Hoy los cristianos sólo pueden estar en la lucha permanente por la liberación de los últimos, haciendo resistencia a la globalización neoliberal imperialista.

Una pastoral coherente con la espiritualidad de Cristo tiene que preparar a los laicos para «tomar la calle», para tener una presencia activísima en el mundo de los movimientos sociales, en la política, en el mundo del trabajo y en el mundo del dolor. Eso es lo que hay que cristificar, y no la parroquia. La Pastoral debe formar a los fieles para el envío, que es su misión; para estar presentes en las estructuras e instituciones mundanas y allí, en medio de ellas, llevar (de palabra y obra) el Evangelio. La Pastoral tiene que enviar a los feligreses, de dos en dos, a la calle, a vivir en medio de ella valores de austeridad revolucionaria, de solidaridad y de militancia transformadora.

En este contexto, sólo puedo entender y concebir una Parroquia que sirva para formar comunidades que *se comprometan en la calle* y, después, *lo celebren* en la Parroquia. Ergo, estrictamente hablando, un claro indicador

de que una parroquia está orientada por una pastoral del compromiso y la acción transformadora, sería que dicha parroquia está prácticamente vacía, pues los fieles están *consagrando el mundo al Reino y luchando contra el pecado estructural*.

Una Pastoral verdaderamente misionera construiría parroquias a las que sólo se va a orar, celebrar y tomar fuerza para volver a la lucha. Siempre he pensado que si Cristo volviese ahora, no dedicaría mucho tiempo a una parroquia; estaría allí donde hay «carne sufriente», donde hay dolor que sanar, donde hay oscuridad que iluminar, donde hay pecado que redimir y muerte que resucitar. Luego una pastoral cristiana no puede hacer algo diferente (muchas veces, hasta contrario) al espíritu del verdadero Pastor.

Desgraciadamente, en la mayoría de parroquias que conozco, hay más preocupación (inmensamente más) por la organización de grupos *ad intra* (hacia dentro) que por la creación de comunidades *ad extra* (hacia fuera). En las parroquias que conozco, la Pastoral es una especie de superestructura que organiza grupos y reuniones en las que se invierte infinidad de tiempo, en detrimento de todo lo anteriormente dicho. Después, cuando vas a los espacios que tendrían que estar copados de cristianos, los encuentras casi vacíos. Dentro de una parroquia hay que transformar inmensamente menos que fuera de ella (y lo que hay que transformar es inmensamente menos urgente).

Si yo fuese pastoralista, trabajaría por una Parroquia casi vacía, que fue-

se trampolín de calles, plazas, sindicatos, empresas, partidos, ONGs, hospitales, etc, etc, llenos de cristianos, de apóstoles.

Debemos trabajar por parroquias menos autocomplacientes, menos centradas endogámicamente en sí mismas, menos constructoras de grupos en los que estamos todos «muy a gustito». Recordemos a Pedro diciéndole al Señor, en el Tabor, «Señor, ¡qué bien se está aquí!, hagamos tres tiendas». ¿No hacemos eso en nuestras parroquias?

Recordemos también la respuesta de Nuestro Señor: «*No, aquí no: bajad a Jerusalén*».